Fabienne Bradu

Amor y feminismo: una metáfora ensoñada

Primero hubo como un caos. La vida se escurría, monótona o accidentada, por la vertiente del amor. Algo se descomponía en alguna parte, forzándonos a pensar (se) en ella, a prestarle (se) atención. Las "bellas imágenes" se esfumaban y dejaban de reflejar el mundo. En esa oscuridad topamos con pálidos brillos: el luto nos desaparecía.

Luego se hizo el gran caos por voluntad propia y decir ajeno. Estallamos como espejos símiles que se encuentran y chocan y hacen añicos. Al principio, éramos mar de espejo roto, una palidez casi fuera de vida. Hubo que recoger los pedazos esparcidos por doquier —ni se sabía hasta dónde habían ido a parar— y hacer que naciera la voluntad de reacomodarlos (el amor dolía hondo). Arrinconamos los muebles y los adornos de la sala y nos arrodillamos en la gran alfombra para reconstruir el espejo: imagen presente en cada una, en todas.

Por terquedad o ignorancia (o por algo a que induce el calor de la cercanía), quisimos rehacer un solo espejo: nuestra mujer futura, dura y perspicaz. ¿No estábamos todas de rodillas llorando la misma Penélope volada por una dinamita cruel? Tentaba la venganza: ya no seríamos... ¿Qué seremos? Empezamos a discutir haciendo, a veces el pegamento se endurecía con las palabras, muchas veces perdimos tiempo. Pero una "bella imagen" renacía para volver a morir en cada casa.

Algunas queríamos un espejo blanco y duro como la nieve; otras, lo queríamos manchado por la sangre del tiempo (nos deteníamos a mirar en las manchas de azogue las caras de las abuelas y de las tías y de las madres y de las hermanas y...); otras, lo veíamos empañado por las lágrimas de los años y los amores pasados, espejo de nostalgia, espejo pesado de pasado; otras más, lo queríamos nuevo y liso como una pradera...

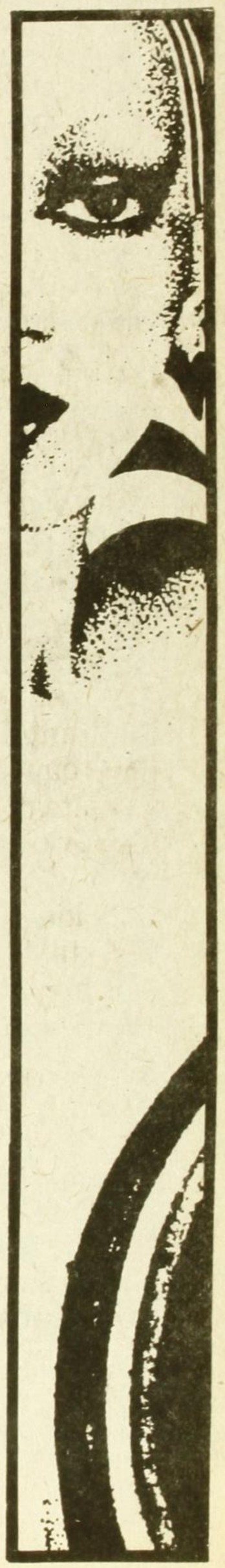
La lista se alargaba, la búsqueda desesperaba, el amor se veía lejos.

La desesperación no era buena: el espejo no se integraba, nadie se reconocía en esa armadura pensada fuera de los cuerpos y del deseo.

Entonces, una (o todas) sugirió que podrían hacerse varios espejos, hasta cada una podría construirse varios. El número no estaba limitado. Algunas se pusieron vestidos de lentejuelas: un espejito para cada día, tarde o mañana. No fue duro coserlos en los vestidos; lo doloroso fue coserlos en los ojos con telarañas de sal de lágrima para ver mundo nuevo.

También fue difícil aprender a ver y a mirar a los otros espejos, difícil aceptar que otros espejos reflejaran mejor. Unas ya tenían su espejo enmarcado en discursos de metal cuando otras aún se desesperaban buscando pedazos que faltaban. Hasta se recuerda los gritos de éstas cuando se clavaban en el dedo gordo la astilla que precisaban para ensamblar dos pedazos afilados. A veces, la astilla no quería salir de la carne.

Esperamos con mucha ansiedad que salieran las primeras a enseñar al mundo su espejo rearmado. Le sacamos brillo, entre todas, para que se viera reluciente, límpido, apetecible. Nos regocijamos, eran días de fiesta. Algunos espejos se volvieron a romper y tuvimos que dejar la tarea propia para pensar un reacomodo mejor.



Nos hundimos astillas ajenas en carne propia, aprendimos a reconocer peñascos y portazos que son los más peligrosos para los espejos. Los peñascos tienen prominencias ásperas como los malos hombres, como los amantes sin amor, como las caricias sin palabras.

Los portazos hacen retumbar toda la casa y se quiebran los espejos mal colgados. Portazos benignos, pero en ese momento no lo sabemos y temblamos y pegamos cabeza contra pared, y ocurre que el espejo no resiste.

También pensamos que el viento de la aventura que sopla recio en los caminos abiertos era peligroso para los espejos. Tuvimos que achicar superficies y esconder la imagen en espejuelos de bolsillo: secretos y cuchicheos. Pero, ¡que risas también!

Acomodar y reacomodar, ¿nos pasaríamos la vida en eso? Y, ¿qué hacer con las que llegaban tan rotas que daba pena y vergüenza verlas?

Decir:

Vendrían la mañana y las noches... Los vestidos de strass con medias negras y tacones altos para emborracharse con mil miradas y reír con dos mil ojos reflejados en la cintura y en los muslos. Vestidos de strass: espejos irrompibles para las noches de aventura, para los amores sin mañana. Pero el espejo verdadero seguía escondido en la cartera de charol: por si acaso alguien pedía verlo. Alguien...

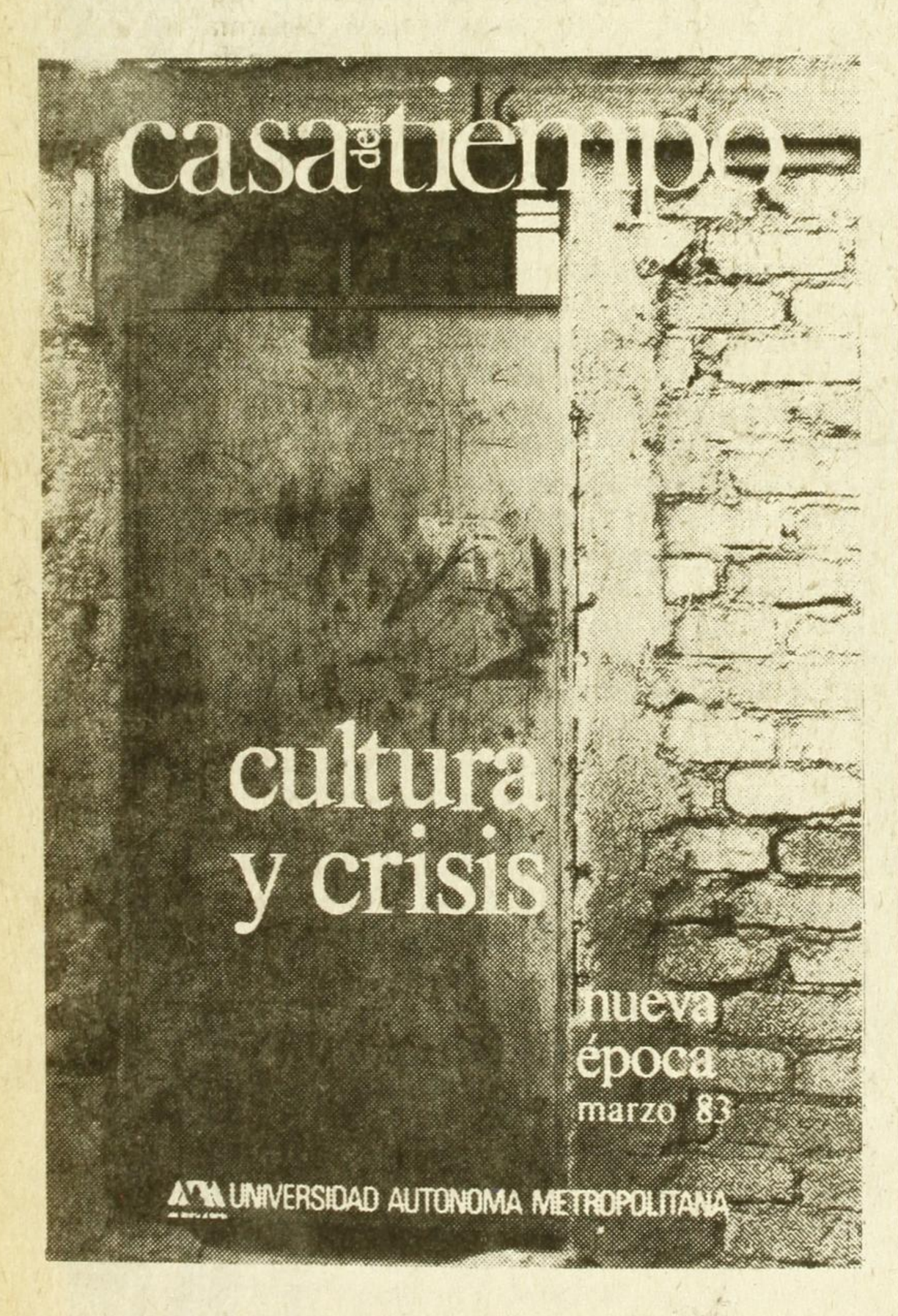
Creer:

A cada una le tocaría un alguien dispuesto a perderse en un espejo, ávido por explorar imágenes sin premonición.

Ese alguien ha venido para muchas, para otras se ha ido, que han aprendido que existen alguienes. Cada espejo ha dicho, "esa soy y esa quiero ser", más allá de las sombras que invaden de momento, de por vida, la silueta de strass de las noches de baile.

Hacer:

Los espejos se arman, mal que bien, y se vuelven a armar después de cada accidente. Las fisuras como arrugas cubren ese rostro que no se afea sino crece. Algunas partes aún estan borrosas, allí donde el azogue se tiñe de color desconocido, donde la miel se empasta como bronce. El espejo se pega con ideas que ya son formas de vida, que ya son deseos y necesidades. Los espejos crecen y envuelven al cuerpo como una segunda piel; la cabeza asocia cada reflejo con otro, cada pedazo con visiones ajenas; el espejo capta y devuelve imágenes cargadas de sentimientos como una película muda proyectada en mil pantallas.



Martín Casillas Editores S.A.

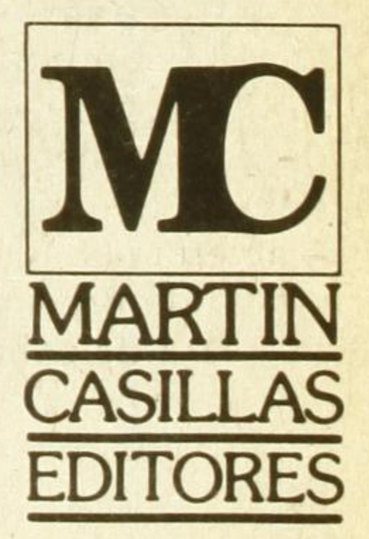
le ofrece los siguientes servicios editoriales:

Edición de Libros, Revistas y Folletos

Diseño Gráfico

Tipografía y Formación

Venta y Distribución

Asesoría Editorial

Mar 89, Col. los Alpes
01010 México, D.F.
TEL 593-30-69